

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

RECTIFICACIONES

ABRIRON EL NÚMERO anterior de *Vuelta* dos inéditos de Enrique González Martínez. El señor Porfirio Martínez Peñalosa nos envía una carta amable y pertinente donde pretende "una rectificación definitiva": la versión de "El cuervo" "no es inédita". Apoya su conclusión en el siguiente pasaje de *El hombre del búho* (cap. XII): "Ya había publicado muchos poemas en revistas de Guadalajara, en otras de provincia y de la capital, y ya, con motivo de las notas que habían aparecido en la prensa con ocasión de mi examen profesional, se aludía a mis trabajos literarios con encomio, lo cual me daba valor para continuar cultivando las letras. Además de poemas originales, publiqué traducciones del inglés, algunas de Shakespeare, y la de 'El cuervo' de Poe, que está contenida en mi primer libro, *Preludios*, y que, sin ser peor que la mayor parte de las de otros traductores, nunca me satisfizo. He querido rehacerla, y ajustarla al metro exacto del original, y confieso que me ha sido imposible". En efecto, en el repaso de estas memorias, se me econdió el importantísimo pasaje anterior. Pero de aquí no se sigue necesariamente que la versión recogida en los *Preludios* (México, 1903) y que en sucesivas reediciones y recopilaciones fue excluida, sea la misma versión publicada en *Vuelta*. Y de hecho, yo creo que no es la misma. No he conseguido verificar mi hipótesis porque esa primera edición de los *Preludios* es inasequible en las bibliotecas que he visitado. Pero hay un argumento interno de peso y se funda precisamente en el pasaje que trae a colación Martínez Peñalosa: la versión —"interpretación"— que hemos publicado sí se ajusta "al

metro exacto del original", como podrá comprobar el lector contando las sílabas del inglés y el español de cada verso. De aquí podríamos inferir que, después de escribir el pasaje citado, entre 1943 y 1944, González Martínez continuó luchando en cuerpo y alma con "El cuervo" hasta conseguir la "interpretación" que presentó en una de esas últimas sesiones de la tertulia literaria referida (1938-1962; véase *Vuelta* 139) y que hemos publicado. Todo lo cual no volvería menos sino más interesante dicha versión.

LII

YOU IS IS ARE

EL CAPÍTULO 23 de ese culebrón de Alejo Carpentier intitolado *La consagración de la primavera* (vol. VII de sus obras completas) se inicia en la época, durante la segunda guerra mundial, en la cual los pérfidos norteamericanos se fingieron sanos estalinistas. Hoy por hoy, crustáceos decadentes como José de la Colina y Gerardo Denis repasan aquella coyuntura histórica con ayuda de viejísimos números de *Selecciones del Reader's Digest*; sonríen y, como es natural, no recabdan (*sic*) de la Historia sino lo trivial. En cambio...

En cambio Don Alejo, de un plumazo magistral, prefiere hacernos *vivir* la ignominia, contándonos que los locutores norteamericanos de radio preferían decir "Rusia" y no, como era debido, "URSS", ya que:

decir URSS hubiera impuesto a los locutores el reiterado trabalengua de IU-AR-IS-IS, con la ambigüedad fonética de un YOU ARE que se prestaba a chistes...

Chistes —esperamos— menos retorcidos y estropajosos que éste de Don Alejo. Pues se queda uno un poco atónico: ¿en qué sentinas mentales cocinaría semejante lío el ilustre novelista? —ya que en inglés no se dice "URSS" sino "USSR".

Más valdrá —como siempre o casi— dejarle la última palabra al pueblo. Hace 20 años, cuando la olimpiada del 68, se aseguraba en México que el cirílico "CCCP" (= "URSS") que ostentaban los atletas soviéticos en las camisetas significaba "cucurrucú, paloma".

Juan Almela

ENTRE INGENIEROS ANDA EL JUEGO

EN EL NÚMERO del pasado 14 de enero de *Jueves de Exclísior* figuran cuatro entrevistas que parten de un palpitable problema: ¿en qué momento precioso comenzará el siglo XXI? Aquí sólo nos ocuparemos de los conceptos emitidos por el Ing. Miguel Gil Guzmán y por el Ing. Alfredo Chio Reyes, ambos del planetario del IPN.

El Ing. Gil Guzmán sabe en su fuero interno que, en cierto sentido definido, el próximo siglo empezará con el año 2001. Sin embargo, sabe, por encima de todo, que "lo que dicen las mayorías será lo correcto a pesar del desacuerdo de cualquiera". Y como, según las mayorías, el siglo XXI empezará con el año 2000, pues así será, y no hay más que hablar. Bravo, ingeniero; así se llega muy lejos.

El Ingeniero Gil Guzmán es sin duda un científico "dedicado por completo a su profesión". Esto hace aún más admirable su habilidad para enfrentarse al confuso mundo de los hombres: si da la razón a las mayorías, es "para

no desconcertar a la opinión pública". Y en efecto: se le eriza a uno el cabello al imaginar qué sería del mundo si al natural desconcierto alcohólico del ciudadano normal al despertar en cualquier 1° de enero (ya muy entrado el día) se sumara otro desconcierto, a propósito —nada menos— de cuál era el siglo en curso. Extraordinario ejemplo de lucidez, el del ingeniero: "una gran conveniencia pesará más que cualquier argumento en contra". Y el sapo será el marido de la rana, ya que así lo dictan las mayorías.

Es cautivador contemplar cómo, aun en las alturas vertiginosas de la ciencia, cabe la discrepancia. Entrevistado el Ingeniero Chio Reyes, con terquedad casi sublime insiste en que el próximo siglo comenzará con 2001. Y a los que no lo crean, "de ese error tal vez sea difícil sacarlos". Si antes aplaudimos al Ingeniero Gil Guzmán, ahora aplaudimos al Ingeniero Chio Reyes. Que por aplausos no quede. El primer ingeniero se ponía bizarramente en la vanguardia de la humanidad en marcha contra viento y marea. El segundo, en cambio, se le enfrenta (momentáneamente, se entiende), y hasta repite, en versión modernizada —"quieran o no"—, las famosas palabras atribuidas a Galileo. Formidable espectáculo será, el 1° de enero de 2000 (ya por la tardécita), el del Ingeniero Chio Reyes al salir a su balcón y enfrentarse, con la Verdad en la mano, a las turbas encrespadas que pedirán su cabeza, persuadidas de estar ya en el siglo XXI.

Acto seguido, en la entrevista al Ingeniero Chio Reyes le disparan a quemarropa una pregunta insidiosa: "¿cuál sería el primer país del mundo en recibir el siglo XXI dado a (sic) las distintas horas que se manejan en el mundo?"

Reconozcamos que es de esas preguntas que hacen palidecer al más pintado. Incluso el ingeniero queda "un momento pensativo". No es, por supuesto, que la pregunta lo amilane, sino que hace un esfuerzo por descender hasta nosotros. Hombre de nervios templados, al mismo tiempo que inicia su respuesta, "tomó de una repiza (sic) cercana una pequeña representación metálica del orbe" (¿qué cosas usan los científicos!) y "apuntando con su dedo índice derecho" (no es zurdo, en una palabra), articuló: "...sí, lo recibiría primero Inglaterra: pues ahí se encuentra el meridiano de Greenwich..." Oh

maravilla (y no sólo por enterarnos de que Inglaterra es un país que va de polo a polo, único modo de que allí "se encuentre" un meridiano).

Para asombro nuestro, el "especialista en astronomía" procede a explicar que el mundo se dividió, para medir las horas, en 24 husos horarios, cada uno de los cuales "mide 7.5 grados" (no, lectores, no multipliquen).

El ingeniero redondea su respuesta con un genuino *tour de force*: el último país que dejará el siglo XX ("nos afirma Chio Reyes al ubicarlo en su modelo metálico de medio mundo"), "será Islandia probablemente". Permitámonos admirar, entre nuestro deslumbramiento, ese estoicismo intelectual de los sabios: "probablemente..." Habla, de seguro, la experiencia del ingeniero: es tan traidora la maldita geografía... Pero agrega: "por lógica". Pues bien, triste es reconocerlo, a la lógica en manos de un ingeniero puede irle como a un violín en manos de un orángután. Basta.

Sí, basta. Nunca bastará bastante. Mil veces se ha mencionado —pues es un hecho— la inepticia de los entrevistadores de sabios cuyas enseñanzas quedan espantosamente tergiversadas. En el presente caso no ocurre esto, o bien ocurre, a lo sumo, por añadidura. La culpa —la culpa gruesa— no procede de los entrevistadores sino de los entrevistados.

Nos vamos a dar aquí una clase de astronomía elemental. Quien conozca el punto se habrá reído. El que no, será porque no le interesó aprenderlo, y a mucha honra. Le diremos (si ha resistido leyendo hasta aquí) que las opiniones del Ingeniero Chio López son comparables a aquella de un viejo libro de "divulgación científica" que aseguraba: "Entre los insectos perjudiciales figura el ratón."

Un punto en el que ambos ingenieros concuerdan es en creer, por lo visto, que en cuanto nació el Niño Jesús todo el mundo empezó a usar el calendario y la cuenta de años que conocemos hoy. Es lástima que los colosales conocimientos que es preciso asimilar a fin de llegar a ser un hombre de ciencia impidan adquirir cierta cultura general.

No idealicemos, no mitifiquemos a los científicos —dan ganas de decir. Gran tema, pero para otra ocasión; esta reflexión vuela demasiado alto y no viene al caso aquí: no nos hallamos

ante afirmaciones científicas (mitificadas o no) sino ante muestras espeluznantes de incompetencia del entrevistado.

Tampoco carecen de culpa los entrevistadores, por supuesto. Un conocimiento básico de algunas cosas no es tan difícil de adquirir, y puede ayudar a sonreír ante varios ingenieros (a no publicar sus conceptos, es decir). En todo caso, ¿no sería tiempo de abstenerse de ciertas frases que aparecen infaliblemente cuanta vez se supone que describe uno a un "científico"? Pues son ridículas cuando no cómicas: "Todo refleja seriedad en la persona del ingeniero"; "con el aplomo que lo caracteriza"; "frunciendo el ceño y remarcando de esta manera la amplitud de su frente..." Como ironías, serían mediocres. Lo malo es que *no* son ironías. ¡Basta!

Juan Almela

MACHADO, REVISTADO

ESPACIOS POÉTICOS de Antonio Machado, de Ricardo Gullón, que acaba de publicar Ediciones Cátedra en asociación con la Fundación March, tiene todas las virtudes de la mejor crítica: propone un diálogo entre el poeta y el lector que, gracias al crítico, se hace más vivo, más inteligente y necesario. Lección clásica de la crítica, ésta de servicio, pero también privilegio de un crítico que construye este modelo de su lectura sobre la experiencia vivida de su Machado, más nuestro en virtud de estos ejercicios de inteligencia. En *Una poética para Antonio Machado* Gullón ya había demostrado la calidad de su relación con el poeta de *Campos de Castilla*. Pero ahora, en este pequeño gran libro, Gullón suma y sumariza su largo trato con esa poesía, y lo hace en la inmediatez de un diálogo abierto, en una serie de lecciones preparadas para los excelentes ciclos de la Fundación March. El primer valor de este libro es, así, volver a encontrarnos con la activa, reverberante, aguda calidad de la lectura crítica que Gullón practica con lucidez y con generosidad; es justamente de su entrega al texto, de ese acto de empatía vivencial, que emerge la pertinencia de su análisis. El otro valor del libro es evidente: nos hacía falta esta recuperación de Machado, cuya sabiduría poética, como hace aquí Gullón, es

revelador seguir en la dimensión del verso, la imagen, el ritmo; en esa dúctil trama formal que sostiene la resonancia genuina de su voz. Desde la perspectiva del espacio poético, Gullón nos guía por las distintas formulaciones de la representación machadiana, que es una compleja urdimbre de mundo y palabra, del mundo hecho en el poema.

Gullón elige un doble asedio para su discusión: la secuencia diacrónica de los libros y la formulación espacial, sincrónica en cada instancia. Estos espacios pronto se le imponen como un lenguaje enunciado, como temporalidad cuajada por los poderes representacionales y simbólicos del poeta. Por eso, a los espacios cerrados, que corresponden al simbolismo inicial, siguen los espacios abiertos, que corresponden a lo que el crítico llama bien "indigenismos" de *Campos de Castilla*. Los espacios de la pasión y los claroscurios de los complementarios, completan este recorrido de indagaciones. Llevado por la pasión del detalle, al crítico se detiene y advierte: "Me excedo, lo sé, y la anticipación sería impropia de no creer yo que la obra total de un poeta, de un escritor, constituye un supertexto en el que cada suceso, cada objeto adquiere plenitud de sentido". Tiene razón, y ojalá los críticos se excedieran en esa dirección. La crítica, en este recorrido, se ha vuelto una arquitectura, y remite la parte del poema al todo de su lectura, en un diálogo intra-poético, donde el poema adquiere esta otra vida des-cifrada. Por eso, Gullón anota, a propósito de "A orillas del Duero", "La voz descriptiva bucea en el espacio, vacilando a la hora de tomar partido en la escritura". Y enseña: "Un ave vuela, solitaria, como el ente que fatigosamente trepa riscos y versos; es un buitre, ave predatoria, con función emblemática del ámbito emergente". Esta simbiosis de objeto y palabra está en el poema pero se resuelve en la lectura como un privilegio de la mejor crítica: las cosas son una transición del lenguaje entre El mundo y la poesía. Así, en el romance de Alvar González ocurre que "La tierra maldita de los personajes es la tierra con alma de la voz lírica". Esto es, el drama de los personajes se sitúa en Castilla pero proviene de la tradición poética. Y también: "donde suena la hora es en el texto, no en la ciudad, y allí ha de oírse la campanada de la plaza".

El espacio poético es, así, esta plaza

de las conversiones: el ámbito se trasmuta en escenario de la palabra, y el mundo se genera en los nombres que lo compenetrán. Gullón toca aquí el centro de la poética machadiana: su noción de un ámbito restitutivo. Y nos

devuelve al mejor Machado, al más inmediato, el que sigue proponiéndonos hipótesis de un espacio humanizado.

Julio Ortega

LA VIDA (A)LEVE

RETRATO

A LOS VEINTE AÑOS DE MAYO DEL 68

El óleo abandonó por Liquitex,
Lacan y Lévi-Strauss por Asterix;
vendí el Max Ernst y compré un Otto Dix;
el amor renegó por "sea-sun-sex"

Botó el "Heno de Pravia" y usó Ajax;
dejó la Leica por la Rollyflex.
No se arriagaba sino con Durex
y en ciudades remotas —Aix o Dax.

Su alimento era el whisky. Y el Viandox.
Se burló de Pierre Daix y de Pierre Dux
y sobre el sexo se tatuó "DE LUX".

Hoy, su *furbizzia* en Wall Street es vox
populi. Y sus arreglos con el tax.
De aquellos tiempos conservó el Mandrax.

A los veinte años de Mayo del 68, Francia se entrega, con una voluptuosidad que nunca tuvo para los acontecimientos mismos, a los balances, retrospectivas, análisis y conmemoraciones. En este laborioso ejercicio en x, fruto de un atrevido desafío que después tuve que asumir [cf. *Vuelta* 136, P. 19], no caricaturizo, por supuesto, la verdadera subversión que animó el movimiento de Mayo, sino sus casi inmediatas manías retóricas, sus *tics*, que consistieron en una oposición sistemática, y con frecuencia ingenua, a todo lo establecido, fuera lo que fuera. Hoy en día esos intransigentes son parcos funcionarios de la Bolsa, académicos meticulosos, promotores de Silicon Valley o perspicaces agentes de Wall Street.

Después de este párrafo, sólo queda por aclarar el puro localismo francés; es decir, las marcas de la industria internacional. Y algún nombre propio.

Liquitex es una marca de acrílico; se abandonó el rancio óleo por ese producto eficaz, que seca instantáneamente; *Asterix* es más célebre que su creador, una de cuyas bandas animadas acaba de servir a los arquitectos descubridores para llegar hasta la cámara de la Reina, en la pirámide de Kheops. El cuadro de *Otto Dix* "Hommage à la Beauté", de 1922, que está en el Von der Heydt-Museum de Wuppertal, resume mejor que todo el arte de este pintor extrañamente figurativo. *Ajax* es un detergente; *Durex* un preservativo; *Viandox* una marca de sopa en cubos; *Pierre Daix*, crítico de arte, biógrafo y amigo de Picasso, pertenecía por entonces al Partido Comunista Francés; *Pierre Dux* representaba y sigue representando el clasicismo de la dición dramática francesa, la *Comédie Française*, el repertorio tradicional, etc.

Empleo la palabra *furbizzia* en lugar de perspicacia, astucia o viveza para darle al personaje un *look* mafioso. *Mandrax*, finalmente, es un excitante a base de anfetaminas. Se prohíbe su venta sin receta. Y nadie la quiere dar.

Severo Sarduy